PANORAMA DE LA POESIA MEXICANA DE TABLADA Y LOPEZ VELARDE A PAZ Y HUERTA

Esther Hernández Palacios
Maestra

La tarea que me propongo resulta inalcanzable: atrapar en un tiempo limitado el panorama de un gigantesco tiempo poético.

El lapso que abordaré comprende cuatro momentos, más que «movimientos», que llenan el horizonte de la poesía en México en la primera mitad de nuestro siglo.

Aunque los dos poetas que corresponden al primer momento nacieron en el siglo XIX, su obra principal fue escrita y publicada en éste y —lo que es más importante— beben, transmiten, están empapados del espíritu moderno. Los dos poetas del cuarto momento rebasan con creces la mitad del siglo, ambos permanecen con vida y produciendo, pero su generación fructificó, maduró dentro de estos cinco decenios.

El primer momento es de tradición y ruptura. Fin de siglo, clausura de la poesía anterior, de la que ha recibido cuantiosa herencia, pero herencia que transforma, que transfigura hasta el grado de la metamorfosis. El hijo no recuerda la figura del padre. Tanto más cuanto que lo anterior, el modernismo, había sido tan fuerte. Tablada y López Velarde no conforman, no forman un movimiento. Son dos individuos, sostienen dos poéticas afines en esencia, pero dispares en la forma. Ambos estudiaron en la misma escuela modernista, los dos buscan lo nuevo, lo distinto, porque distinto es ya el mundo y el espíritu, distinta la conciencia poética y distintos serán los caminos que cada uno emprenderá. Con ellos el modernismo mexicano se convirtió en historia y se iniciaba la historia de la poesía contemporánea. Si es que el sonámbulo andar de la conciencia poética por un mundo de dormidos puede encerrarse en la historia. Ninguno de los dos hizo «escuela», sus seguidores fueron menores y han quedado en el olvido, engrosando las filas de los llamados «poétes misère». ¿Tal vez porque su fuerza era tan grande que su individualidad abarcaba todo un movimiento? Tal vez porque estaban llamados a fungir como puentes, eslabones; columnas que nacían de los sólidos cimientos modernistas y tenían que erigirse, esbeltas, pero firmes, para soportar el edificio de la poesía posterior.

José Juan Tablada (1871-1945) se inicia como modernista, pero sólo en uno de los sentidos del término: modernista porque siente la incertidumbre del espíritu contem-

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

poráneo, la angustia de vivir, la preocupación por el más allá. Pero no se trata de un modernista al pie de la letra. Desde la aparición de su **Florilegio** en 1899, Tablada presentaba características distintas, era la oveja negra del modernismo, el curioso, el que rompía barreras, buscaba nuevos horizontes, el sacrílego:

«¡Noche de sábado! En tu alcoba
hay un perfume de incensario;
el oro brilla y la caoba
tiene penumbras de sagrario;

quiero en las gradas de tu lecho
doblar temblando la rodilla
y hacer el ara de tu pecho
y de tu alcoba la capilla...

y celebrar, ferviente y mudo,
sobre tu cuerpo seductor,
lleno de esencias y desnudo,
la Misa Negra de mi amor.»

Después viene el viaje a Japón y, con él, una completa renovación. De Oriente no regresa solo, viene como nuevo Marco Polo, cargado de objetos y obras de arte, sobre todo de estampas japonesas que seguirá coleccionando toda su vida. El mismo se ha impregnado de ese espíritu y de esa estética, «que permite no una copia, sino una interpretación plástica de la naturaleza». Adopta y adapta al español los sintéticos, sustanciosos y plásticos HAI-KAIS. Los Hai-Kais de Tablada son poemas concentrados a su esencial expresión: la metáfora. La imagen, siempre de enorme plasticidad; el detalle, la penetrante observación que traduce la belleza intransigente, completa, de honda sabiduría.

«Tierno saúz,
casi oro, casi ámbar,
casi luz...

Es mar la noche negra,
la nube es una concha,
la luna es una perla.»

El propio Tablada decía de ellos: «El Hai-Kai, de plural desnudez, no necesita búcaros. Por esencia es justo vehículo del pensamiento moderno; tema lírico puro, académico como la sorpresa y sabio como la ironía. A quienes avaloran las cosas por su tamaño podría decirse que biológicamente nada hay grande ni pequeño; hacerles notar que los rascacielos no son sino quirotecas de la gran mano judía; las pirámides nilóticas, gorros de dormir para cadáveres faraónicos, y, en cambio, recordarles la célula, o bien el millón de Kilowats almacenado en un milímetro cúbico de éter.» Recogió en dos libros «insólitos», **Un día** y **El jarro de flores,** estos poemas, que precisamente por su claridad y limpieza extremas fueron difíciles de comprender.

Abierto a las ideas, a lo nuevo, siempre cambiante, aparte de los poemas al estilo

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

japonés, Tablada cultivó los ideográficos. Los dos primeros de ellos aparecieron en 1915, casi al mismo tiempo que el primer caligrama de Guillaume Apollinaire. No es que le faltara consistencia como creador, sino, por el contrario, tenía tanta que le era necesario desbordarla en varias direcciones. Con los ideogramas Tablada pasa del pincel al mazo, insiste en las esencias y en la plasticidad, pero ahora intenta esculpir la belleza: luciérnagas escritas en zig-zag, un sapo que deslíe sonoro, que adopta la forma del batracio. La imagen se refleja gráfica y la palabra se concentra.

Creía que el arte tiene finalidades espirituales y que debe tender a embellecer la vida, en ese admirable sentido, tan ampliamente concebido por los griegos y los japoneses y, desde luego, por los maestros de estos últimos, los chinos.

Su producción está matizada con un profundo sentido del humor, ánimo juguetón, ligero como un bergantín que hunde su quilla en el corazón mismo del mar. Impulso que lo llevó a probar todo lo que se le presentaba y a faltar al respeto.

A un Lemur
Soneto sin ripio

go
za
ba
yo

a
bo
go
tá

te
mi
ré

y
me
ful

Siempre entre rupturas y reconciliaciones formales, incursionando en tradiciones y estilos, humorístico, irónico y escéptico, su mirada recae en su entorno e intenta transmitirnos la esencia de lo mexicano por medio de una mezcla abigarrada de seres, objetos, costumbres y paisajes:

«Gallera sinfónica,
entre tus clarines estridentes o roncos
se fuga un azorado relincho
como la estampida del potro.

Y domésticos o rurales
discurren los otros rumores
de la mañana pueblerina,
leves, como el agua que corre...

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

Una piedra de sol
sobre el cielo de la mañana
asoma en lo alto
el ancho rostro de basalto

a la orilla de un charco de obsidiana
y parece que su boca vierte
un reguero de sangre humana
y zempazúchiles de muerte...»

José Juan Tablada fue un precursor de la renovación cultural latinoamericana, no sólo por su poesía, sino por todas sus actividades. Fue al mismo tiempo poeta y crítico de arte, ensayista y librero, descubridor de talentos y organizador de exposiciones (entre otros, difundió a nuestros pintores Orozco y Rivera). Fue un cosmopolita, viajó muchísimo y vivió en distintas capitales americanas: Nueva York, La Habana, Bogotá, Caracas. En 1925, cuando la vanguardia hispanoamericana era todavía un esbozo incapaz de definición, él ya pensaba en antologarla. Estudió y difundió muy diversos temas: arte japonés, futurismo, cubismo, relatividad de Einstein, música moderna, ocultismo, psicoanálisis. Pero no sólo era difusión y permanente deseo de renovación; tuvo siempre la tendencia a dejar que obrase su intuición, la parte subconsciente de su ser, con un íntimo sentimiento de su propia conciencia. En todo lo que hizo hay ese soplo romántico y misterioso que también caracterizó a los surrealistas, de quienes se puede decir que es un precursor a pesar de que no mantuvo con ellos contacto personal.

Decía bien Lugones cuando Tablada le mostró un poema que —publicado en una revista literaria— pasó inadvertido: «Es natural, Tablada, sus versos están varios años adelante del sentimiento poético de todos, son versos de precursor.» Descubridor de infinidad de cosas, Tablada no ha sido aún totalmente descubierto.

José Juan Tablada fue compañero y guía de Ramón López Velarde (1888-1921), quien, como él, corrió riesgos y asumió compromisos de ruptura. Se explora a sí mismo y explora al lenguaje. Rompe con órdenes y con imágenes rutinarias. Después de una juventud por fuerza cronológica modernista, y con la experiencia de la revolución mexicana en la carne, intenta la búsqueda de sí mismo y de sus sensaciones.

Su poesía es una amorosa contemplación de la realidad, en que se contrapone el «pasmo de los sentidos» a la «razón pura», la sensación a la razón. Es un poeta de temas escasos, de concentrados y obsesivos intereses. La realidad que siente, ama y canta —amor como odio, canto como revelación— es la de la provincia, la religión; pero también es la de la carne y la muerte. Siempre en contradicción, busca la expresión consciente de sus luchas: religión-sacrilegio, amor divino-amor humano, pureza-pecado, castidad-erotismo, amor platónico-sexualidad, que podrían resumirse en dos: amor y muerte. Estos son los temas centrales de la obra velardiana. Los dos momentos en que se divide su obra, **La sangre devota** y **Zozobra**, están regidas por figuras de mujer. Y una es la mujer que abarca a todas, Fuensanta es el amor en que se resumen todas las luchas, las contradicciones. Fuensanta es la pureza y el erotismo, es la religiosidad y el sacrilegio, es el amor y es la muerte.

«Soñé que la ciudad estaba dentro
del más bien muerto de los mares muertos.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

Era una madrugada del invierno
y lloviznaban gotas de silencio.

No más señal viviente que los ecos
de una llamada a misa, en el misterio
de una capilla oceánica a lo lejos.

De súbito me sales al encuentro,
resucitada y con tus guantes negros.

Por volar a ti le dio su vuelo
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros
me atrajiste al océano de tu seno
y nuestras cuatro manos se reunieron
en medio de tu pecho y de mi pecho
como si fueran los cuatro cimientos
de la fábrica de los universos.»

En el devenir de su búsqueda la conciencia recrea una estancia fundamental: la provincia infantil. Sus poemas están llenos de patios, corredores, azoteas, plazas, banquetas herbosas, recuerdos de niñez. Pero no es la provincia estática; dinámica en tiempo y espacio, la provincia de Velarde es universal e histórica, porque es la vida cotidiana; la vida diaria que se hace poesía en un constante monólogo, monólogo cuyo lenguaje es también cotidiano. La provincia es, como Fuensanta, el inicio, el recuerdo, la vida:

«Tierra mojada de las tardes líquidas
en que la lluvia cuchichea
y en que se reblandecen las señoritas, bajo
el redoble del agua en la azotea.»

Pero también es el fin, la muerte:

«Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin,
me iré, con la grulla
del refrán a mi pueblo,
a arrodillarme entre
las rosas de la plaza,
los arcos de los niños
y los flecos de seda de los tápalos.»

López Velarde, en busca de su provincia y su Fuensanta perdidas, se encuentra constantemente consigo mismo, con su corazón, y se reconcilia en su soledad:

«Mi corazón leal se amerita en la sombra.

Yo lo sacara al día, como lengua de fuego
que se saca de un ínfimo purgatorio a la luz.»

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

Reconciliado, es capaz de salir al día porque le interesan, le apasionan, las cosas y los hombres. Para cantar a la vida provinciana, al amor y la muerte esbozó tendencias al versolibrismo, se rebeló contra los cánones establecidos, acopló versos y más versos atropellando deliberadamente el ritmo, ejecutando malabarismos rítmicos. Murió en una noche de tormenta a los treinta y tres años.

Como eco de la voz vanguardista de Tablada, surge, en el año de 1921, con la escandalosa publicación de su primer manifiesto, el movimiento estridentista. Gritaba a todo pulmón: «Muera el cura Hidalgo, Chopin a la silla eléctrica, viva el mole de guajolote», y se reconocía hermano del futurismo italiano y el dadaísmo internacionalista. Durante los años de su apogeo, 1922-1927, los estridentistas fueron destructores más que edificadores, porque consideraban que en su momento era más importante destruir los viejos edificios que pensar en levantar otros nuevos. Sin embargo, el escándalo, la bulla, el ruido que provocaron, no sólo rompió ventanas y abrió puertas herméticamente cerradas, sino que anunció una nueva literatura y una renovación total.

Leyendo hoy día los manifiestos, los poemas, las revistas, los libros que publicaron durante esos cinco años de combate y agitación, nos encontramos frente a una literatura nueva, renovadora, visiblemente orientada hacia el futuro. Sus temas emergían casi exclusivamente de la ciudad, de las nuevas formas de vida humana, de la relación del hombre con la técnica. Se preocupan insistentemente por la pintura y dan a la fotografía el rango del arte. En el estridentismo está presente el espíritu que caracterizaría a los surrealistas, y no sólo eso, sino que coinciden en varios postulados: despertar al sol en la hora en punto, desempacar las palabras, alas para el hombre y su pensamiento, luchar contra las dictaduras y contra quienes se aterrorizan por tener que pensar. Los poemas de List Arzubide, Maples Arce; los textos de prosa doctrinaria, densa y polémica de Arqueles Vela, donde a veces suele brillar la idea del absurdo; los dibujos e ilustraciones de Charlot, Méndez, Revueltas y Alba de la Canal; las fotografías de Edward Weston y de Tina Modoti, expuestas en un café que sirve de sala de reunión y galería de arte; toda su producción nació de un trabajo de crítica a través del cual se analizaban los elementos renovadores que acompañaron a la revolución mexicana.

Tal como el surrealismo quiso ponerse «al servicio de la revolución», el estridentismo se puso al servicio de la mexicana. Plenamente conscientes de su papel revolucionario, fueron el último grito de la lucha social de 1910, que ya agonizaba en manos del Estado. No es casual que Maples Arce, fundador del movimiento estridentista, fuera veracruzano y que en Veracruz se diera la última gran batalla del movimiento de la revolución mexicana: la huelga inquilinaria.

Durante mucho tiempo, el punto neurálgico de este movimiento literario se ubicó en esta ciudad de Jalapa, pero sus voces llegaron no sólo a todo el país, sino que, por medio del contacto epistolar y el intercambio de revistas, alcanzaron los oídos de numerosas editoriales y poetas del mundo.

«El estridentismo no es una escuela, ni una mafia intelectual como las que aquí se estilan; el estridentismo es una razón de estrategia. Un gesto. Una irrupción.»

El lenguaje de sus versos, de sus consignas, de sus manifiestos, pero, sobre todo, de sus actos, rebelde y antiacademicista, retumba y provoca todavía:

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

«Contra las academias: estridentismo;
contra el confort-ambiente: estridentismo.

El estridentismo agotará la paciencia de los
santos.

Contra los burgueses: estridentismo.
Los niños lloran por el estridentismo.»

Manuel Maples Arce (1900), vanguardista por vocación y decisión, no sólo fue el fundador, sino la espina dorsal del movimiento. Sus poemas impresionan por la velocidad del lenguaje, la pasión y el valiente descaro de las imágenes que se superponen sin unidad lógica, pero que concurren en una emoción unitaria:

«Yo soy un punto muerto en medio de la hora,
equidistante al grito náufrago de una estrella.

Un parque de manubrio se engarrota en la sombra
y la luna sin cuerda
me oprime en las vidrieras.»

Unidas en ritmo vanguardista, en juegos ópticos y auditivos, sus estrofas, bullentes de palabras «antipoéticas», enredan-desenredan tranvías, ferrocarriles, ascensores, aviones y telégrafos. Subido en un andamio, integra, no describe, con imágenes cubistas la gran urbe, la metrópoli de hierro y cemento, poblada de anuncios luminosos, multitudes callejeras y bocinas:

«Y estos trenes que aúllan
hacia los horizontes devastados.

Los soldados
dormirán esta noche en el infierno.

Dios mío,
y de todo este desastre
sólo unos cuantos pedazos
blancos
de su recuerdo
se me han quedado entre las manos.»

Estaba en contra del tradicional concepto de la eternidad de la poesía, cifrada en el canto de la naturaleza, el amor y la muerte; por eso intentaba reflejar «los grandes dolores de la época, las cóleras, las rebeldías, los sudores oscuros y las tragedias que devastan las estaciones y los seres a las puertas blindadas de nuestro tiempo».

La generación que surge inmediatamente después, la de Contemporáneos (1928-1931), nombre de la principal revista en cuyas páginas congregaran sus trabajos y sus aspiraciones, continúan girando en torno al eje esencial del amor y la muerte; pero el tema

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

se vuelve en ellos aún más obsesivo, se convierte en una suerte de fascinación, no en vano tres de los mayores libros de poemas de ese período se llaman **Muerte sin fin, Nostalgia de la muerte** y **Muerte de cielo azul.**

La gran marca de esta generación es el escepticismo. Dudaban de todo, se movían entre constantes disyuntivas. No les bastaba el suelo para sostenerse, pero ya tampoco pensaban en recurrir al cielo. No desembocaron en afirmaciones o negaciones, sino que permanecieron en una duda vital. Este escepticismo no era gratuito, les venía directamente del mundo, de las circunstancias sociales y políticas en que crecieron: un auge artístico mundial. Son contemporáneos, en tiempo y exigencia, de la generación del 27, de Picasso, de Eliot, de Neruda y Vallejo, de los imaginistas y de la «lost generation», pero también son contemporáneos de la derrota de la revolución mexicana.

Este «archipiélago de soledades» dudaba de manera inteligente. Escépticos consecuentes, emprendieron la crítica de su duda, la autocrítica, para llegar, más o menos, a reconciliarse con su propia autenticidad. Se dedicaron al autoanálisis porque creían en el valor social de su duda: la existencia asfixiante y abismal de su individualidad, y encontraron la muerte. No sólo como tropo: fallecimientos tempranos y suicidios y la muerte en vida en el fastuoso ataúd de la burocracia estatal recorren estas islas.

Por sobre las dudas y disyuntivas, todos se unían en su pasión por la literatura y por el arte y en una voluntaria afinidad de propósitos y gustos. No sólo les interesaba la poesía, sino también el teatro, la pintura y la música, la filosofía, la crítica, el periodismo. También la ciencia en el caso de Cuesta y en el de Owen, el paraíso perdido de la alquimia.

Afines pero individuales, cada uno de ellos cultivó sus propias rosas poéticas. Carlos Pellicer (1899-1978), el más entusiasta de ellos, descubrió la belleza del mundo. Mientras sus compañeros se ensimismaban, él se arriesgaba, desnudo, por las selvas, los ríos vegetales, dejándose tocar por los rayos marinos y solares del trópico:

«Una tarde Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.

Una serpiente apenas,
desató aquel encanto
y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fue un lucero.

¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

Salvador Novo (1904-1974) une a una lúcida desesperación la pasión y el asco, el humor, la ironía y la sátira, el erostismo y la inteligencia, amén de inocentes recuerdos infantiles y sangre vanguardista:

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

«¡Nuestro ombligo
va a ser para los filatelistas!

Y seremos devueltos al remitente
ajados, con cicatrices
y llenos de noticias atrasadas...»

Jaime Torres Bodet (1902-1974), siempre intentando el equilibrio, reflexivo, de mesurada sensibilidad, es a veces meditabundo y otras moralizante, una de las voces de fondo de la generación:

«Enterrado vivo
en un infinito
dédalo de espejos,
me oigo, me sigo,
me busco en el liso
muro del silencio.»

Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949) incursionó como los españoles en la poesía popular, pero después de sencillez y reflexión ingenua se sumerge en aguas más profundas: el sueño. Logra desasirse de los objetos e iniciar un viaje por el interior de su conciencia:

«¿Oh, Saturno,
escafandra de siglos en mi siglo,
descenderás conmigo entre los brazos
a un mundo de sigilos.

Y detrás de la muerte —centinelas—,
ojos de dos en dos vivos, cautivos.

Soy el último centinela de mi cuerpo.»

José Gorostiza (1901-1976), en una primera época cantor de la sencillez marina:

«¡El mar, el mar!

Dentro de mí lo siento,
ya sólo de pensar en él tan mío,
tiene un sabor de sal mi pensamiento.»

Es el pensador, el filósofo, el investigador de esencias: el amor, la vida, la muerte, Dios, el lenguaje. Su principal obra, **Muerte sin fin**, es también uno de los más intensos momentos poéticos, así, en general, sin hablar de países, de lenguas o de épocas. Es el canto de la inteligencia sola que todo lo concibe sin crearlo:

«No obstante —oh, paradoja—, constreñida
por el rigor del vaso que la aclara,
el agua toma forma.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

En él se asienta, ahonda y edifica.

Cumple una edad amarga de silencios
y un reposo gentil de muerte niña,
sonriente, que desflora
un más allá de pájaros en desbandada.

En la red de cristal que la estrangula
allí, como en el agua de un espejo,
se reconoce;
atada allí, gota a gota,
marchito el tropo de espuma en la garganta.

¡Qué desnudez de agua tan intensa,
qué agua tan agua,
está en su orbe tornasol soñando,
cantando ya una sed de hielo justo!»

Para Xavier Villaurrutia la poesía era un «juego difícil de ironía e inteligencia. Guerra continua entre razón y emoción. La emoción lo vincula de manera inmediata con el mundo, pero en seguida se convierte en razón, en ideas acariciadas por el verso. Villaurrutia es, sin lugar a dudas, el que más cercanía tuvo con los surrealistas; pero aunque soñaba, nunca llegó a cerrar los ojos. Su tema predominante es también el de la muerte. Una muerte rilkeana que se confunde con la vida misma. Su mundo está iluminado por ella, que se irisa como sol abstracto: sol de día, pero, sobre todo, sol nocturno, que ilumina la angustia, la soledad, las calles vacías, el silencio, los muros, el sueño; sol que proyecta sombras y más muertes. Sol que también, interno, presagia sangre, obsesión, miedo, lejanía y destrucción:

«Nocturno en que nada se oye

En medio de un silencio desierto,
como la calle antes del crimen,
sin respirar siquiera para que nada turbe mi
muerte;
en esta soledad sin paredes,
al tiempo que huyeron los ángulos,
en la tumba del lecho dejo mi estatua sin sangre
para salir en un momento tan lento,
en un interminable descenso
sin brazos que tender,
sin dedos que alcanzar la escala que cae de un
piano invisible,
sin más que una mirada y una voz,
que no recuerdan haber salido de ojos y labios.»

Estos son los poetas más conocidos de la generación de contemporáneos; quisiera detenerme en otros dos, que por distintas causas han quedado casi en el olvido. Apenas

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

se les conoce y menos aún se les lee. Todavía está por estudiar el fenómeno que hizo se dieran de repente y como un racimo tantos y tan buenos poetas, y no sólo en México, sino en casi todo el mundo llamado «occidental». ¿Tanta poesía todavía ahoga a lectores y críticos? O es que la poesía sigue siendo inaudible premonición de un mundo o de un sueño. Estos dos poetas son Jorge Cuesta y Gilberto Owen, y no por azar ambos son los más individuales no sólo en obra, sino en muerte y en vida. Cuesta el científico y Owen el alucinado. El primero, guiado por el diablo; el segundo, por lo oculto.

La vida de Jorge Cuesta (1903-1942) estuvo siempre envuelta por una leyenda que la oscureció y la sigue oscureciendo. La presencia obsesiva de sus propias oscuridades, leyendas y fantasmas remató en dos crisis nerviosas, en hospitales y, por fin, en un suicidio, precedido por una enigmática mutilación a la edad de treinta y ocho años. Antes de decidir su muerte, Cuesta tuvo tiempo para dejarnos una obra en que tradujo sus preocupaciones y sus incidencias en el conocimiento, su continua investigación sobre la vida, su atormentada y lúcida inteligencia, que padeció hasta la razón de la duda y hasta la crítica de la desesperación.

Según Xavier Villaurrutia, Cuesta era el más inteligente, el mejor dotado del grupo. Su actuación dentro de él fue más que nada la de ensayista; se le considera el crítico de la generación. Pero no sólo en el ensayo Cuesta volcó su inteligencia como poeta; la llevó tal vez más allá, a otras profundidades. La inteligencia, en estado de absoluta plenitud, atraía para sí misma su propia sensibilidad. Múltiple, se interesó por la sociología, la educación, la economía, convivió en París con los surrealistas. Junto con los ensayos políticos y la crítica de arte, se dedicaba a los estudios químicos. Pero éstos se amalgamaban mejor con sus experimentos poéticos; es por esto que se ganó el sobrenombre de alquimista, al que —citando a Baudelaire— él respondía: «El más triste de los alquimistas.» Su poesía es pasión, perversa decantación de lo sensible, rito azaroso y matemático, rigor y síntesis obsesivos.

Cuesta propone una aventura: la de la sensibilidad tentada por la inteligencia. Estricto, sustancial. Ciencia-poesía y poesía-ciencia:

«Es la vida allí estar, tan fijamente,
como la helada altura transparente
lo finge a cuanto sube
hasta el purpúreo límite que toca,
como si fuera un sueño de la roca,
la espuma de la nube.

Como si fuera un sueño, pues sujeta,
no escapa de la física que aprieta
en la roca la entraña;
la penetra con sangres minerales
y la entrega en la piel de los cristales
a la luz que la daña.»

Ciencia y estética no sólo se hermanan, se fusionan íntimamente, sustancialmente, en ese ser andrógino que se titula **Canto a un dios mineral,** del que acabo de citar unos fragmentos.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

La voz poética, subterránea, mineral de Cuesta busca una helada materialidad en cada palabra que se vuelve y se cierra sobre sí misma, para dejarnos entrever sus vetas secretas, sus pasiones, dobles fondos y profundidades. La ardiente inteligencia celebra a la palabra, a la boca que emite la palabra, y al pensamiento, manifestación de una espiritualidad sensible, luz oscura que encierra su radiante transparencia.

La poesía de Jorge Cuesta —que aparte de este gran poema se compone de varios sonetos, fórmulas que solicita su razón poética por necesidad de síntesis— no es oscura, sino exigente. Da mucho, pero también demanda mucho. Para leerla hay que regresar el camino, desandar las trampas retóricas, deslizarnos por su asombrosa musicalidad, por los laberintos de una sintaxis barroca, dejarnos poseer, levar las anclas de la sensibilidad, para intuir como puerto la razón. La razón, espejo a la vez que esencia del espejo:

«El viaje soy sin sentido,
que de mí a mí me traslada
de una pasión extraviada
mas a un fin no diferido.

Lo que pierdo es lo que he sido
para ser silencio y nada,
y por el alma delgada
que pase el azar su ruido.

Entre la sombra y la sombra
¿qué imagen se ve y se nombra
la misma que se aventura?

Sólo azar es el abismo
que se abre entre mí y yo mismo;
el azar cambia y no dura.»

Por él cruzan todos los intereses. Lector de Marx, de Nietzche, de Gide, crítico de todos, antes de morir había empezado la crítica del reino de los cielos.

Gilberto Owen es el otro gran desconocido. Oculto por propia voluntad, «prefirió el trabajo del minero, del buzo, del criminal que en la alcoba concierta sus intenciones». Rodeado de silencio, ese quinto elemento donde se crea y recrea la vida del espíritu humano. Por libre albedrío se condenó a la ley general de los objetos pasajeros dentro del complicado oleaje de sus ideas. Y es que nada lo libraba de su angustia, nada podía defenderlo. Estaba solo y ni afectos, ni intereses, ni —mucho menos— la fama literaria podían salvarlo. No le importó que no se conociera su existencia; buscaba la satisfacción simple de la creación.

Aunque su obra responde a la conciencia de su finitud, el tiempo develó «el inviolable recinto de su obra». Una vez muerto, ausente, se le empezó a reconocer y conocer, como fue su deseo:

«Martes 13, en que sabrán mi vida por mi muerte.»

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

«La dicha nunca fue el norte de su poesía», perseguido por una íntima desilusión, habitado por la acedía medieval, acompañado por el fantasma melancólico, su «dolorido sentir» siempre estaba al borde de la destrucción y lo imprevisto.

Incorporó a su verso el fluir de las cosas, la conciencia de que todo puede ponerse en duda, de que todo debe investigarse. Como dice Chumacero: «A la simple lectura de su obra, y a pesar de las influencias literarias con que se halla enriquecida, se advierte cómo era un hombre apegado a la tierra, a lo que alrededor sucumbe sin misericordia.» Nadie como él puede afirmar con Zaratustra: «La fe no me hace bienaventurado, y mucho menos la fe en mí.»

«Y luché contra el mar toda la noche,
desde Homero hasta Joseph Conrad,
para llegar a tu rostro desierto
y en su arena leer que nada espere,
que no espere misterio, que no espere.»

En busca de la unidad perdida, consciente de la desgarradura, de la escisión que sostiene al hombre moderno, exasperado por su descubrimiento, «mutilado de todo lo imperfecto», su poesía es la desolación que produce mirar el vacío. Ya no hay Dios, ni alma:

«Esta mañana te sorprendo con el rostro tan
desnudo que temblamos.»

Frente al amor, la muerte, las pasiones, la soledad constituye su único refugio:

«Encadenado al cielo, en paz y orden,
mutilado de todo lo imperfecto,
en esta soledad desmemoriada
—paisaje horizontal de arena o hielo—,
nada se mueve y ya todo se muere
en la pureza estéril de mi cuerpo.»

Varado en su misterio, su canto es la verdad de un náufrago que recuerda su travesía y su posterior hundimiento. Pero no es un viajero sin más; al igual que Cuesta, se traslada de sí a sí mismo, va de un Gilberto Owen a otro, intentando amalgamar las esquirlas esenciales en las que el hombre se encuentra descompuesto. No sólo intenta romper la distancia alma-espíritu, sueño-realidad, sino la triada hombre-mujer-palabra:

«Y sólo sé que no soy yo
el durmiente que sueña un cedro
huguiano lo que sueñas,
y pues que he nacido de muerte natural, desesperado.»

Ya no necesita los ojos para ver, aunque usa el corazón para lanzar sus redes ópticas, camina despierto por el sueño, esa íntima formulación de un mundo. Quizá por esto su condición es la de un visionario de la estirpe de Blake, de Rimbaud, pero que lo ha perdido todo, hasta el infierno:

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

«Que ya despierte el que me sueña,
que ya despierte. Son treinta y tres siglos,
son ya treinta y tres noches borrascosas,
que le persigo yo su pesadilla,
y el rayo que le parta o le despierte.
Quien lo tiene en sus manos, me lo esquiva.»

Extraña hija del escepticismo y la vanguardia, la nueva generación, la de **Taller poético,** fructificó en plenos años treintas. Años del oscuro entusiasmo, de la premonición fatal. Del decisivo enfrentamiento para la historia del mundo: la guerra civil española, contienda entre el último baluarte de la conciencia revolucionaria y la nueva máscara de la esclavitud capitalista: el fascismo. Resulta, pues, congruente que la voz del corazón humano se alce y nos hable de su posible libertad: estaba en juego. El entusiasmo guía sus pasos, a veces de manera excesiva, como todo entusiasmo. Se proponen modificar al hombre y a la sociedad. Intentaron reunir en una sola corriente poesía, erotismo y rebelión. Unir lo cóncavo y lo convexo de los pasados movimientos. Al grito de «la poesía entra en acción», la generación del Taller prohijó otra vez una pareja. ¿Historia cíclica? Octavio Paz y Efraín Huerta. Hubo otros miembros, pero, o bien tiraron, o bien los derrumbó la lira en el camino.

Difícil es el análisis, la valoración de los vivos. Así de precario es el conocimiento humano, que tiene que esperar la pauta de la muerte para poder entrar de lleno en el mundo de un hombre y de su obra.

Efraín Huerta y Octavio Paz, nacidos ambos en el 14. Uno poeta, el otro poeta y ensayista. Paz, preocupado por el conocimiento de las corrientes más modernas de la literatura y el pensamiento contemporáneo, conocedor del surrealismo, de la crítica política, de la historia antigua de México; Huerta, largos años militante comunista, intentando comprometerse en la lucha política. Ambos grandes experimentadores del lenguaje. Paz, cercano a la expresión surrealista, al verso clásico. Sistemático cultivador de sus palabras. Sus principales obsesiones son, más que el amor, el objeto amado, la mirada y la aparente realidad de lo mirado, la escisión del hombre contemporáneo. Su poesía ha alcanzado cimas y estaciones violentas:

«Coronado de sí el día extiende sus plumas.
¡Alto grito amarillo,
caliente surtidor en el centro de un cielo
imparcial y benéfico!
Las apariencias son hermosas en esta su verdad momentánea.

El mar trepa la costa,
se afianza entre las peñas, araña deslumbrante;
la herida cárdena del monte resplandece;
un puñado de cabras es un rebaño de piedras;
el sol pone su huevo de oro y se derrama sobre el mar.

Todo es dios.
¡Estatua rota,
columnas comidas por la luz,
ruinas vivas en un mundo de muertos en vida!»

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

Efraín Huerta, innovador del lenguaje coloquial, pero no en el sentido pobre del término, trae a la expresión poética la pasión rotunda, la fuerza altisonante de la calle. El erotismo más crudo y más tierno, tan pronto es el viejo sátiro como el adolescente contemplativo. Bebe de la generación del 27, del humor de Tablada y Owen, y del estridentismo, el espíritu antisolemne, escandaloso, subversivo del y frente al lenguaje. La rebelión, a veces ciega, pero siempre espada penetrante:

«Donde habita, donde come, donde
parece un arenoso acantilado,
allí es un cordero de ámbar con ojos de anís
y algo acerca de la dicha sexual tiene escrito en la frente.
Luego viene lo intolerable y maligno
(tal vez su madre, su padre o su hermana),
porque como he dicho dicha digo
que la veo y no la reconozco bajo arcos de triunfo
cocinados a cuchillo,
hablando palabras de fuego sobre el Mediterráneo
(que para ella fue Tequesquitengo o no fue nada),
deshaciéndose en fulgores sobre la soberana idiotez de la Gioconda
(que a ella, lo sé a ciencia cierta, le pareció
una simple putita de Polanco),
bebiendo vinos rojos, besos rojos —canalla, perra—,
paseándose verdosamente, sandramente,
por ciudades que no conozco y que no me importan,
como no me importa ella, sino porque existe
y es posible verla de lejos, de cerca,
comiendo bajo los húmedos azules de Nápoles,
viendo sin ver y hablando en líneas generales
como un remanso de siniestra paz gastronómica.

Hace dos días con sus noches pude verla
(ella vive en las calles de Racine
y yo en Lope de Vega, lo cual es todo un drama en seis actos),
y en sus ojos había una tormenta edénica y turbadora,
como antes y después del primer pecado
—lo virginal no quita lo caliente—.
Eva maldita, Eva milenaria, Eva evasiva, Eva exúbera,
Eva general, Eva particularmente deseada y detestada,
Eva que sabe a postre de manzana, postre de mieles,
Eva que huele a café con leche-de-la-mujer-amada,
Eva liberada, Eva que viajó por Europa
y en verdad que nunca salió de estas amargas calles.
¿Para qué, si sus alas son dos liras rotas
y en el Foro romano sólo discurren los homosexuales
y alguna pelirroja horizontal originaria de Brooklyn?

Esos hace dos días supe que Sandra había visto piedras talladas
y visto pinturas en sórdidos museos,

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

y visto a Sofía Loren de lejos, de tan lejos
como de aquí a ella, Sandra de los ojos
que brillan y rebrillan como santelmos a la mitad del naufragio,
Sandra anónima, Sandra espigada, Sandra para morirse de una buena vez,
Sandra, ¿por qué te llamas estúpidamente Sandra?
Sandra ojos de cordero degollado, Sandra catedralicia,
Sandra Santa Capilla, Sandra Nuestra Señora,
Sandra diabla y demonia sandrísima,
que nunca me miró de frente, que nunca me dijo buenas tardes
—lo que yo hubiera querido era un buenas noches—,
Sandra fugaz heroína de un poema fugaz,
como el paso de una azucena por el palacio de algo así como un poeta.»

Jalapa, agosto de 1980.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

BIBLIOGRAFIA

Baciu, Stefan: **Antología de la poesía surrealista Latinoamericana.** Mortiz. México, 1974.

Cabrera de Tablada, Nina: **José Juan Tablada en la intimidad.** Imprensa Universitaria. México, 1954.

Cuesta, Jorge: **Poemas y ensayos** (prólogo de L. M. Schneider). UNAM. México, 1978.

García Terrés, Jaime: **Poesía y alquimia. Los tres mundos de Gilberto Owen.** Era. México, 1980.

Gorostiza, José: **Poesía.** México, F. C. E., 1964.

Huerta, Efraín: **Poesía (1935-1938).** Mortiz. México, 1968.

López Velarde, Ramón: **Obras.** F. C. E. México, 1971.

Maples Arce, Manuel: **Urbe.** Ed. Botas. México, 1924.

Ortiz de Montellano, Bernardo: **Himnos** (texto mecanografiado). México, 1949.

Owen, Gilberto: **Obras** (prólogo de Alí Chumacero). F. C. E. México, 1979.

Paz, Octavio: «El camino de la pasión (Ramón López Velarde)» en **Cuadrivio.** Mortiz. México, 1965.

Paz, Octavio; Chumacero, Alí, et. al.: **Poesía en movimiento. México 1915-1966.** Siglo XXI. México, 1966.

Pellicer, Carlos: **Material poético (1918-1961).** UNAM. México, 1962.

Phillips, Allen W.: **Cinco estudios sobre literatura mexicana moderna.** Sep-Setentas. México, 1974.

Schneider, Luis Mario: **El Estridentismo. Una literatura de la estrategia.** México, Ediciones de Bellas Artes, 1970.

Torres Bodet, Jaime: **Obra poética.** Tomos I y II. Porrúa. México, 1967.

Villaurrutia, Xavier: **Obras** (prólogo de Alí Chumacero). F. C. E. México, 1966.

BOLETÍN AEPE Nº22, MARZO 1980. Esther HERNÁNDEZ PALACIOS. PANORAMA DE LA POESÍA MEXI
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes